

# Una historia de vida, José y Baltasara

María Josefa del Carmen Cabrero Castaño

Escribir sobre mis padres que llegaron a este país hace muchos años, es algo que me conmueve enormemente, al pensar en la magnitud del hecho que los obligó a abandonarlo todo en busca de un futuro realmente incierto.

Los recuerdos afloran a mi memoria ya que cuento solamente con lo que mi madre me iba relatando: como había sido su vida familiar en su amada tierra.

Mis padres eran aún jóvenes cuando tomaron la decisión de “emigrar”. Los dos habían nacido en Villaralbo (Zamora).

Mi padre José Sinforiano Cabrero pertenecía a un hogar cuyos padres se dedicaban a la agricultura, pero todos eran panaderos. Sus hermanos fueron Victoria, Ángela, Manuela, Antonio, Ismael y Eugenio, de ellos sólo puedo aportar estos datos ya que nunca tuvimos noticias.

De la familia de mi madre: Baltasara Castaño Hernández puedo decir que perteneció a una familia cristiana muy trabajadora.

Mi abuela había quedado viuda muy joven, 24 años; realizó un 2º matrimonio del cual nacieron varios hijos, algunos fallecieron siendo pequeños y los que vivieron junto a mi madre fueron: Paulina, Adelaida, Ramón, Godeardo y Nieves.

Mi abuelo había fallecido en el año 1918, a causa de una epidemia de gripe que asoló la región.

También se quedó sola, como lo haría mi madre cuando enviudó.

Mi abuela, mujer de carácter, se dedicó a la panadería y otros quehaceres, y así la vida se le hizo muy difícil.

Nos contaba mi madre, a mis hermanos y a mí, que durante muchos años vistió de luto. Esto significó sin duda que su vida de joven fue muy triste.

Desde chica repartía el pan en una mula y visitaba los domicilios de la gente que les compraban. Algunas personas solicitaban su ayuda, ella se la prodigaba. Comenzó a ser muy solidaria y al mismo tiempo muy querida.

Así siguió siendo siempre, compadeciéndose del enfermo, del necesitado. Narraba anécdotas como esta: “el Sr. Cura del pueblo le indicaba dónde guardaba su mortaja, para el día en que muriera”; todo un secreto.

Siendo más grande trabajó en una casa de hilados, en Villaralbo, su edificación aun existe.

También nos hablaba de su iglesia y del nido de cigüeñas que anidaba en la torre.

En el año 1924 se casaron mis padres.

Iniciaron juntos una vida de trabajo en el campo pero las cosas les fueron adversas.

Una época de gran sequía perjudicó a todos, Villaralbo “La tierra del vino” carecía de agua. Fue una época de gran pobreza, esto los obligó a vender todo. Quién iba a pensar que más adelante se hicieran canales de riego y esas tierras se transformaran en aptas para la agricultura.

Ya tenían dos hijos, Narciso y Mauro.

Con la ayuda de algunos familiares instalaron una panadería en el pueblo. Las posibilidades de trabajo eran pocas y comenzaron a soñar con una tierra lejana que les brindaría bienestar. La idea se convirtió en realidad y un día tomaron la decisión de emigrar a la Argentina.

Al contar de algunos parientes, muchos años después, recordaron esta triste partida y juzgaron que realmente fue una actitud heroica.

Partieron desde el puerto de Vigo, en un barco alemán. El viaje fue largo, penoso, con inquietud y muchos miedos.

Después de 30 días, aproximadamente, llegaron a Buenos Aires: Guanamini. En esa época era todo campo y aún hoy la pampa es desolación.

Pronto se dieron cuenta que el lugar no era apropiado para instalarse. Lo primero que preguntaron fue dónde se educarían sus hijos.

El futuro era el trabajo del campo o nada. Desalentados decidieron regresar a la ciudad, pensando en tener mejores posibilidades.

Aproximadamente a unos 500 Km. estaba la ciudad de “La Plata”. Allí comenzaron a trabajar en lo que se les presentaba. Unas personas les proporcionaron trabajo como cuidadores y mi madre se puso al frente como ama de llaves.

La década del 30 fue un periodo perturbador para la Argentina.

La crisis económica sacudió gravemente y cercenó sus mercados exteriores; pero además las graves conmociones políticas que vivía Europa con la consolidación de los regímenes fascistas, y la Guerra Civil española en nuestro país, se vivía con gran intensidad.

Fue para muchos una época de desesperanza y escepticismo, pero al mismo tiempo creció la convicción de buscar nuevos rumbos.

Así lo entendieron mis padres, que intentaron abrirse camino en esta nueva tierra. Con sus hijos se trasladaron a otra ciudad: Santa Fe, ubicada en el litoral argentino.

Consiguieron trabajo en una repartición pública: La Inspección Nacional de Escuelas. Esos años fueron también de interrupción del proceso democrático. Contaba mi madre, como asustada, que en esos tiempos observaba, desde la terraza, los movimientos revolucionarios que se sucedieron en Santa Fe como consecuencia del golpe de Estado que derrocó al Presidente Hipólito Irigoyen.

En el año 1933 nací yo. La hija mujer esperada por mi madre, nacida ya en Argentina.

Mi padre sabía trabajar en el puerto, que en esa época daba ocupación a mucha gente, ya que desde Europa llegaban sus barcos a buscar trigo a nuestro país.

Eran jornaleros que llevaban para sus hogares los pocos pesos que allí obtenían.

Unos años más, pensando en nuevos emprendimientos [sic], consiguieron alquilar una casa en un barrio más alejado del centro. Mi madre tejía, hacía comidas, tenía jardín y vendía flores, es decir, los dos no bajaban los brazos. Alejados de sus familias hicieron nuevos amigos; eran muy serviciales, lo que les ganó el cariño de la gente.

Como habían soñado, sus hijos se iniciaban en las escuelas y todo parecía encauzarse; pero, en el año 1942, mi padre había salido a pescar con unos amigos y tuvo un accidente: falleció.

Contaba con 40 años y mi madre tenía 39; sola, con sus hijos aun chicos; mis hermanos de 12 y 14 años aproximadamente y yo de 9 años.

Comenzó una época de intranquilidad para mi madre. Con pocos recursos, pero con la compañía de buenas familias amigas, comenzó a



Foto de la hija.

trabajar. Puestos sus ojos en Dios, nuestro Señor, pronto demostró su gran fortaleza para llevar adelante su pequeño hogar.

Nos cuidaba exageradamente. Fue padre y madre al mismo tiempo, inculcándonos siempre los valores que ella había adquirido: honestidad, responsabilidad, amor a la verdad y al trabajo.

Fueron pasando los años y había logrado poseer un negocio de almacén que pronto hizo prosperar. Esto le demandaba horas y gran preocupación. Temió por sus hijos y cambió de negocio por otro que le permitía estar más tiempo con nosotros. De su familia no tuvo más noticias, pero en el año 1946 recibe una gran alegría. Un sobrino la buscaba; había llegado a Buenos Aires



Doña Baltasara Castaño con sus hijos y un sobrino. Buenos Aires, 1946.

en un barco español que venía, representando a España, para la toma del Presidente Juan Domingo Perón. La buscó, lleno de cariño, mi madre lo había cuidado de pequeño.

Para nosotros fue algo maravilloso, era nuestro primo, algo completamente impensado.

Ella no sabía que darle, que alegrías proporcionarle. Pasó dos días con nosotros y fue una de las cosas más lindas que nos sucedieron.

Desde allí alguna que otra carta y volvimos a distanciarnos de la familia.

Pasó el tiempo, mi madre siempre junto a nosotros, llena de afecto, no manifestaba conocer otros datos de familiares.

Su madre y algunos hermanos habían fallecido y eso la llenaba de una nostalgia silenciosa.

Nunca olvidó dichos y sabios refranes que, a pesar de haberlos oído en su juventud, los recordaba frecuentemente. Y siempre el orgullo de ser “castellana”.

Ya cuando sus hijos fueron más grandes se ubicaron en buenos empleos. Soñaba con que su hija fuera maestra, así fue, y su sueño de que sus hijos fueran instruidos se cumplió.

Se convirtió en una persona muy solícita en todo, se dedicó muchísimo a la lectura, que fue su principal entretenimiento.

No descuidó nunca su compromiso con Dios y su iglesia. Su actitud servicial y amistosa le valió muchísimos amigos.

Sus conocimientos fueron acrecentando y logró ser una persona muy capaz que ayudaba a sus semejantes.

Jamás olvidó su tierra, sus costumbres, y nos hizo amar tanto a España que crecimos íntimamente ligados a ella.

No sólo supo ser madre, sino compartió con nosotros todo lo malo y bueno de la vida.

Mis hermanos y yo formamos nuevas familias y les dimos nietos que le alegraron la vida. Los amó mucho y le dieron muchísimas satisfacciones, especialmente cuando se convertían en profesionales.

Luego, el contacto con los biznietos fue notable. Supo entretenerlos y los acunó hasta el último.

Ya en su vejez, pasando los 80 años tuvo la gran tristeza de perder a su hijo mayor, sin embargo, con gran fortaleza, siguió de pie, escondiendo su pena, aceptando esta realidad; afectuosamente nos acompañó en momentos de graves enfermedades a mi esposo y a mi.

Nunca quiso fiestas para ella, pero la aceptó cuando cumplió 90 años.

Recibió a sus amigos y familiares que la llenaron de mimos y regalitos.

Ese mismo año, 1992, falleció su segundo hijo y esto la cubrió de desolación.

También con grandeza lo asumió.

Vivía con nosotros (mi esposo y yo). Como me atendía en la ciudad de Rosario debido a mi enfermedad, acudí al consulado a gestionar la ciudadanía española, que la obtuve en ese año, por vía materna y averiguando por una posible pensión para mi madre, al enviar la documentación indicada, nos enteramos que le había correspondido. Seguridad española le comunicó la resolución. Había perdido más de 20 años de jubilación. Le llegó su pensión en el año 1993, contaba ella con 91 años, pero pudo disfrutar de esa alegría, siempre agradeciendo a Dios y a España.

Con verdadero estoicismo nos atendía a mí esposo y a mí en nuestras enfermedades, con sus 95 años de edad. Luego de fallecer mi esposo, su salud se fue deteriorando día a día y fallece el 2 de febrero de 1999. Su espíritu diligente y amoroso quedó siempre entre nosotros.

Aquí en Santa Fe, la Comunidad Castellana, a la cual pertenezco, recibió, con motivo de celebrar el “Día de la Comunidad de Castilla y León”, una valiosa carta de su Presidente Sr. Juan Vicente Herrera Campo. En ella volcó expresiones muy gratificantes que me emocionaron muchísimo al considerar la vida de mis padres.

Sintetizo en este párrafo, el verdadero espíritu castellano.

“Pero también los Castellanos y Leoneses son mujeres y hombres que en los casos en los que han tenido que desarraigarse de sus orígenes, han dado el verdadero sentido a la solidaridad en el seno de las sociedades en las que conviven. Las mujeres y los hombres de Castilla y León han sabido involucrarse de manera íntegra en los proyectos y planes de otras tierras, bien en otras Comunidades Autónomas, bien en otros países, coadyuvando al enriquecimiento, al progreso y la paz de las tierras que los acogen”.

Siento orgullo por mi padre, por mi madre doña Baltasara o Sara o Sarita, como la supieron llamar, y por todos aquellos castellanos, en especial zamoranos, que llegaron a esta tierra argentina.

Mi hermano ya falleció (1996) y una de mis termanas también (2004). A ninguno de los dos pude ir, por supuesto, para el sepelio.

Tengo 31 años de casado, en plena armonía con mi esposa y con cuatro hijas que tengo, mayores de 18 años las cuatro (dos casadas, una separada y la menor soltera).

Las dos menores y yo figuramos en el censo electoral de Zamora. La segunda en el de Madrid. Emitimos puntualmente nuestro voto a excepción de mi hija mayor que nunca ha recibido las papeletas. (En febrero pasado tampoco recibió las papeletas para el referéndum el 20 de febrero. En fecha 3 de ese mes yo remití una carta de reclamación a la Sra. Presidente de la Junta Provincial de Zamora. Aún no he obtenido respuesta).

¿Mi perfil moral...? De costumbres muy austeras, vivo muy entregado a mi trabajo con la gente carenciada, volviéndome cada vez más sensible a las necesidades de los demás, precisamente en un país tan empobrecido por los malos gobiernos que estamos teniendo. ¡Muchos trabajadores están sin trabajo! Y recogiendo materiales descartables [sic] por las calles, apenas juntan para hacer una comida al día. ¡Me duele que haya tantas desigualdades sociales! Hay sectores que están lanzando un SOS a ONGs que quieran ayudarles, porque han perdido la confianza en las instituciones gubernamentales que podrían hacerles salir de ese estado de indigencia.

Las personas con quienes contacto cada día no son holgazanes que piden limosna sino trabajo para poder ganarse la vida. Yo les preparo en un oficio; les capacito laboralmente; y encuentro después trabajo para algunos, pero la mayoría... sólo encuentra chapuzas para ir sobreviviendo.

¡Me hubiera gustado haber hecho mucho más por esta gente!